

# NIHILISMO CATOLICO

En el mundo de hoy se dan muchas paradojas; y no es la menor de ellas la falta de comunicación real y de verdaderos entendimientos entre los hombres, en un mundo donde todo lo que ocurre en un punto del globo terráqueo se sabe en pocos segundos a miles de kilómetros de distancia.

Los medios técnicos de comunicación social (la televisión, el cine, la radio, la revista, el libro o el periódico) han proliferado y alcanzado un nivel de difusión insospechado hace pocos años.

Y, no obstante, todo parece estrellarse en el grave y difícil problema de la comunicación humana. Cuanto más nos comunicamos exteriormente, menos parece que nos comunicamos interiormente los hombres.

Eso mismo pasa en nuestro país, donde el que trata gente de muy diversos ambientes se queda extrañado por los trágicos abismos de incomunicación que hay entre unos y otros. Yo he conocido a un religioso que se secularizó hace pocos meses, después de haberse dedicado veinte años al mundo obrero, y que me confesaba que ahora, cuando vivía como uno cualquiera, y tenía menos trato con sus pequeños grupos como apóstol y se dejaba de teorías partiendo del pequeño grupo social que él conoció, es cuando descubría, acerca del mundo obrero español, lo que no había visto ni apreciado durante su casi cuarto de siglo de vivir inmerso en minoritarios núcleos.

Es la misma experiencia de los eternos profesionales de la oposición religiosa o no religiosa, que viven tan metidos en sus pequeños problemas y tanto se codean sólo con los de su pequeño grupo, que terminan por desconocer lo que los ciudadanos de la calle (profana o religiosa) piensan diariamente. O, por fijarme en el aspecto contrario, es lo mismo que les ocurre a los defensores del conformismo (lo mismo religioso que profano), que miran y no ven lo que tienen delante de sí. Unos y otros —al mirar a la masa— dependen del color con que filtran sus miradas.

Siempre el mismo esquema en todos o casi todos: el desconocimiento de la realidad. Unos nada saben de la realidad de nuestras masas ante los problemas terrenos, y otros desconocen la actitud de fondo que tiene ésta ante lo religioso.

Se hacen, día tras día, estadísticas sociológicas, encuestas, correlaciones de datos; o se habla en cursillos, seminarios de trabajo, conferencias o escritos, sin conseguir por eso nada más que vana palabrería.

Vivimos el engaño de la imagen en el tiempo que dedica el hombre moderno a la televisión, o la falacia de la palabra el resto de nuestras horas diarias.

Igual en el campo religioso que en otro cualquiera: el moral, el filosófico, el cultural, el económico, el social...

Esto es lo que pensaba yo al leer la divergencia eclesial —rebozada y poco clara— ocurrida en estos días en torno a las palabras televisivas de monseñor Guerra Campos. El creyó defender nuestro «depósito de la fe» (ese cajón de sastre de donde se saca de todo, según el pelaje teológico de quien meta en él la mano); y —en cambio— otros, como el arzobispo de Tarragona, monseñor Pont y Gol, o el mismo Papa Pablo VI, parecen ver sus dramatismos celosos de ortodoxia de otro color muy diferente que él.

Tan cerca unos de otros, y hablando un lenguaje análogo y, sin embargo, tan lejos ante el espectador imparcial, porque la verdad es que no se entienden, aun usando las mismas palabras religiosas, ni llegan a captar la realidad cotidiana tan distante de sus problemas.

Tres importantes afirmaciones hace monseñor Pont y Gol, después de la apelación de monseñor Guerra a una cauta desconfianza respecto a nuestros pastores eclesiásticos, palabras que quiero transcribir con mi pluma para reflexión general:

1) «No se puede aceptar —dice el arzobispo de Tarragona— que para defender el depósito de la fe se ataque con descaro a aquellos que son sus custodios». (¿Se refiere esto a las palabras de Guerra Campos? A primera vista parece así; e igual podría sospecharse de las palabras pontificias a España en el Congreso Eucarístico de Valencia: «Ningún ideal, ninguna diversidad puede justificar la división eclesial».)

2) «A título de tradición, y con pretexto de ortodoxia, se está organizando una Iglesia paralela, pero en sentido contrario

a la verdadera Iglesia de Cristo» (parece que aquí alude monseñor Pont y Gol a los ultraconservadores del mundo religioso español, criticándolos).

3) «La Iglesia prescinde de las opciones políticas de sus hijos, pero tampoco quiere que la utilicen para aguantar o justificar opciones temporales de ninguna clase». (¿Se refiere aquí el arzobispo a los integristas católicos de derecha, que todo lo mezclan y politizan? Así da la impresión.)

Sin embargo, todo esto —con su aparente o ambigua claridad— parece más discusión entre niños de una misma familia que otra cosa. Y pasa sin pena ni gloria por la sensibilidad de nuestra masa española, preocupada como está por su «600» o su «850», y no por estos matices que le resbalan, a pesar de las famosas coplas (o más bien poema épico-burlesco) que le dedica al obispo auxiliar antes aludido un anónimo vate contando los «miraglos et fazañas de don Yusef de Guerra», en una hoja ciclostilada enviada a las casas de quienes tenemos inquietud por las cosas de Iglesia. Siempre igual: la masa por un lado y las pequeñas minorías de amigos por otro, creyendo éstos ingenuamente que la masa siente como ellos.

No; nuestros males humanos o religiosos no se arreglarán con tan poca cosa ni con tan corta y parcial mirada.

Eso es lo que pensaba yo mientras leía (o releía) tres libros recientes de dos jóvenes filósofos españoles: Xavier Rubert de Ventós y Fernando Savater.

El primero publica, en Alianza Editorial, «Moral y nueva cultura», y el segundo acaba de lanzar su libro «La filosofía tachada», en Taurus, después de su Cuaderno «Nihilismo y acción».

Yo invitaría a todos los preocupados por las ideas corrientes en la Iglesia de hoy (sean conservadores o progresistas) a leer estos libros; y, tras su lectura, hacer una reflexión nihilista del mejor cuño. La misma que nos enseñó (pero, desgraciadamente, lo habíamos olvidado) el antiteólogo y antifilósofo italiano San Pedro Damiano, o el gran pensador místico germano Maestro Eckhard, o el español (no menos místico y no menos profundo) San Juan de la Cruz.

No pediría nunca que siguiéramos, en nuestro contexto mundial y español, leyendo y propagando, por ejemplo, a Santa Teresa de Jesús, con sus revelaciones sensibles y análisis psicológicos, o a nuestro ingenuamente clasificador Santo Tomás de Aquino. Tendríamos que romper lanzas contra el conformismo católico (de derecha o de izquierda), que nos asfixia y nada nos resuelve, inclinándonos decididamente por un aire más puro, más libre y más comprometido intelectual y vitalmente: el de nuestros nihilistas místicos de las «nadas» o de las «contradicciones».

Entonces, y sólo entonces, estaremos en vías de algo nuevo y más satisfactorio para quien, prescindiendo de etiquetas y polémicas ingenuas, hiciese algo por un hombre de verdad nuevo. Y no el de las ideologías religiosas o civiles, sino el hombre espontáneo, destrabado de complejos interiores (como quería Freud) y de alienaciones externas (como quiere la sociología científica).

En un mundo que no cree nada más que en automatismos intelectuales o físicos, en modelos estereotipados de pensamientos, de afectos o de satisfacción sexual (esquemas ayer rigidamente conservadores y hoy rigidamente renovadores), estamos quienes deseamos tener confianza en una sola cosa: en el hombre espontáneo de mañana, el que todavía no sabemos cómo será porque hoy sólo vivimos de ilusiones (ilusión de renovación o de conservación, ilusión de libertad o de orden, ilusión de reforma o de tradición).

Y para eso —como hizo Freud— no cabe sino un nihilismo activo, pacífico y espontáneamente constructor de algo nuevo que no sabemos lo que será, porque dependerá no de nuestras ideas actuales, sino de lo que el hombre que sea espontáneo de verdad invente mañana.

Quien se arriesgue a ello sabrá que merece la pena intentarlo; y quien no lo haga, se corta un futuro humano y religioso que es el único que podía ser satisfactorio.

Y con esto contesto a la pregunta de una inteligente pintora amiga mía; y al profundo y joven profesor de Filosofía Carlos Díaz, que se inquieta por lo mismo que yo me inquieto: el porvenir del hombre y del cristianismo.

MIRET MAGDALENA